

UN ENLACE ARISTOCRATICO

Comedia en un acto y en prosa

ESCRITA EN FRANCES POR SCRIBE

y traducida al castellano

POR EL LIC VICUÑA.

PERSONAS

Ursula de Miraval, rica heredera, prima de.—
Celina de Miraval, niña de once años.—El Conde de Luzy, oficial de Mosqueteros de la guardia.—Octavio de Blaisville, de trece años.—Anselmo, Mayordomo de la casa.—Pascual, criado del campo.—Labradores de ambos sexos.

La escena se representa á 20 leguas de París, en 1730, en una antigua casa de campo al estilo gótico.

Sala al gusto antiguo, en la cual habrá varios adornos, como jarrones, etc. En el fondo dos grandes sillones ó poltronas, mesas, sillas, etc. A la izquierda una ventana.



ACTO UNICO.

ESCENA I

URSULA, SENTADA ESCRIBIENDO.
ANSELMO.

ANSELMO.

A decir verdad, difícilmente se encuentra una señorita tan estudiosa y aplicada como la nuestra! Apenas se ha apercibido de que he entrado yo en esta sala.

URSULA.

(Ocultando de prisa la carta.) ¡Quién está ahí!
¡Ah!, ¿es usted, señor Anselmo?

ANSELMO.

Yo soy, señorita... como mayordomo de la casa, me hallo en todas partes... y á decir ver-

dad, tengo ya tal costumbre de olfatear, que... que he adivinado al punto que usted quiere que yo sea el portador de esa carta. (Indicándola.)

URSULA.

¡No hay para qué...! Es una lista de libros...

ANSELMO.

Libros de devoción, por supuesto: ¡eso no me admira! Dueña de sus acciones, rica, riquísima, y entrar en un convento de Canonessas... vaya, será usted el ejemplo de todas las jóvenes de esta provincia, por sus virtudes y edificación.

URSULA.

Pues si me imitaran mis compañeras, no ganarían mucho los del otro sexo, porque se casarían pocas.... (Sonriendo.)

ANSELMO.

Tanto mejor. A decir verdad, yo no concibo esta manía que tienen ahora las jóvenes de buenas familias, de casarse antes de que les salga la muela del juicio.... Todas se precipitan por alistarse en las banderas del himeneo, sin considerar que es una locura perder tan pronto su libertad, y lo que es más, la administración de sus bienes. No ha pensado así ciertamente la señora de Miraval, su tía de usted.

URSULA.

Permítame usted, Anselmo: á mi tía no se la puede considerar como enemiga del matrimonio.

ANSELMO.

Es verdad; porque es protectora nata de todos los novios de la comarca.... Si los detestara tanto como yo....

URSULA.

Ya entiendo: ¡habrá usted sido casado!

ANSELMO.

Y lo soy todavía; con mujer, hijos, nietos y...

URSULA.

¡Jesús!

ANSELMO.

Dichosamente que la niña Celina, su prima de usted, á consecuencia del estado que usted va á tomar, reunirá sobre su cabeza las dos herencias; y siendo huérfana y de diez años de edad, preciso será que el manejo de sus ricas posesiones se ponga al cuidado de un mayordomo, y que....

URSULA.

Creo que ella preferirá se los administre mejor un buen marido....

ANSELMO.

Pueden hacerse ambas cosas; y no será extraño, porque la tal niña es de la piel del diablo... y porque á decir verdad....

URSULA.

Observo, Anselmo, que tiene usted un afecto

particular á la palabrita que usa siempre.... esa de.... á decir verdad....

ANSELMO.

Es costumbre que he tomado cuando arreglo mis cuentas; y porque en boca de un mayordomo, semejante frase nunca daña.... Admira al principio, mas después se acostumbra uno á oirla, y.... (Tocan la campanilla.)

Pero la señora toca la campanilla; si será alguna diablurilla de la niña Celina? Desde que el Barón de Blaisville se empeñó en enviarnos á su hijo Octavio, los dos muchachos nos traen locos: son tan enredadores y tan traviesos.....! No sé tampoco con qué objeto se adorna hoy tanto la capilla, ni para qué han traído de París esa canastilla que llegó anoche con tantos trajes y embelecocos como si se preparara alguna boda. (Suena otra vez la campanilla.) ¡Allá voy! ¡Ni siquiera un instante puede uno hablar con sosiego!

ESCENA II

URSULA.

¡Gracias á Dios que se fué! Coloquemos mi carta en ese jarrón, como siempre.... Puede haber mayor desgracia que estar casada hace ocho días, y no poder una escribir á su marido? ¡Ya se ve! como se han divulgado tanto las voces de mi vocación religiosa; como yo misma se lo anuncié á mi tía con toda formalidad.... y no sólo

á mi tía, sino á toda la corte, á mis parientes... ¡Me estremezco sólo al pensar en el escándalo que esto va á producir! Cómo decirles ahora que la falsa noticia de que Luzy había perecido en campaña, me había echo tomar la resolución de encerrarme en un claustro, y que.... ello, es preciso declarar este secreto, de otro modo no es posible vivir con tranquilidad. Cuando suele venir mi marido á visitar á mi tía, me parece que todos nos miran: que leen en nuestros semblantes lo que queremos ocultar.... ¡Ah! ¡si sorprendiesen mi correspondencia epistolar con un oficial de la guardia real....! qué zambra se armaría.

ESCENA III.

URSULA, CELINA.

URSULA.

Válgame Dios, Celina, ¡adónde vas tan grave y meditabunda, con ese pañuelo en la mano! ¡Pareces una herofna de novela! (Está jugando á las muñecas.)

CELINA.

No sé qué tengo, prima mía; pero lo cierto es que estoy muy triste.

URSULA.

Es menester que te distraigas, que te diviertas....

CELINA.

No puedo; mis juguetes me fastidian.

URSULA.

¡Es cosa terrible! ¿Por qué no te vas á jugar con Octavio?

CELINA.

¿Con Octavio? Si vieras de qué humor se ha levantado.... Mira, prima, no sé qué tenemos las dos; estamos insoportables. Cuando vamos á la pradera y Octavio se pone á bailar con las aldeanas, sin hacerme caso, me da una rabia.... Al instante se me quita la gana de merendar.... Otras veces me pongo á llorar como una Magdalena si su ayo le riñe porque no ha sabido la lección.... Vamos, si no sé lo que me pasa.... Fugúrate tú que ayer me dió la tía un caramelo, y me pareció de acibar porque él no quiso tomar la mitad que le daba. Oyes, Ursula, ¿si me habrán hecho mal de ojo?

URSULA.

¿Estás loca?

CELINA.

Pues ello algo es.

URSULA.

Qué sé yo.... niñadas tuyas.

CELINA.

¿Conque no lo sabes....? ¡Habrá embustera!

Como si á tu edad pudieras ignorar que las mujeres tenemos á veces nuestras penas y que....

URSULA.

(Habrá arrapieso.) Te repito que no entiendo lo que me dices.

CELINA.

¡Qué inocente eres! Como si yo no hubiera observado que has estado otras veces tan mala como lo estoy yo ahora....! Crees que soy alguna boba.... Crees que no te he visto más de cuatro noches en el jardín, sola, cabizbaja, haciendo pucheros y parándote de cuando en cuando para arrojar un suspirote.... así.... ¡Ay! (Hace ademanes de suspirar.) Y cuando entrabas en la sala, ¿por qué tenfas siempre los ojos fijos en la puerta, y el menor ruido por qué te hacía palpar....? En fin Ursulita, seamos francas; las mujeres que no entienden de semejantes cosas, no se ponen como un gitomate cuando se anuncia la vista de algún caballero con charreteras de plata y uniforme encarnado.... ¿Digo algo?

URSULA.

Te quieres callar, muchacha.... si te oyeran....

CELINA.

Sin contar que todo te fastidiaba, y con que muchas veces cuando nos ponfamos á comer.... y había cosas muy buenas, por cierto, tú de nada comías, y.... de suerte que todos pensába-

mos que estabas enferma, y que te ibas á quedar como un alambre.... si no te morías.... Por fortuna, que de repente.... hace tres.... cuatro.... siete días, siete cabales.... cambiaste enteramente. Primero has tomado un airecito entre admirado y confuso; después, aunque estés sola y no haya en casa uniformes encarnados, te pones encendida.... de mil colores, como.... si te acordases de algo que te avergonzara.... Como lo estás ahora cabalmente.... Y si no, mírate, mírate al espejo.

URSULA.

Sabes, primita, que no me gusta que me andes espiando y que nada te importa que yo esté alegre ó que esté triste?

CELINA.

Por más que digas, ahora estás muy sosegada y muy contenta: ojalá estuviera yo así.... pero quién sabe si con el tiempo.... si haciendo lo que tú.... porque has de saber.... (Con malicia) que ya que no haya podido adivinar tu secreto, he tomado por lo menos el partido de imitarte en todo.... de ese modo obtendré, quizás sin saberlo, lo que tú has conseguido con tus mañas... así es que, todo el día me estoy paseo arriba y paseo abajo en el jardín.... por señas que me dan unos calambres que ya, ya.... y me pongo mustia y levanto los ojos al cielo, y me doy palmadas en la frente, y.... hay hija, sabes que para curarse una de estos males incógnitos, se necesita tener mucha paciencia. Y no digo nada

de los sacrificios que tiene una que hacer.... Te acuerdas, dime, de aquella crema de chocolate que habfa ayer en la mesa....? Pues no la quiso comer.... aunque se me iban los ojos tras ella.... y sólo porque tú no la quisiste.... Lo peor del cuento es que después de todo, nada adelanto, y que....

URSULA.

(Se ha visto jamás una mocosa por este estilo!) Repito, niña, que es muy mal hecho eso de andar remedando á una.... que es mala crianza.... y que si lo sigues haciendo y no olvidas todas esas necedades, se lo diré á tu tía para que te ríña y castigue severamente.

CELINA.

¿Se lo dirás á mi tía? ¿Se lo dirás á mi tía? Pues mira, anda dícelo; que si tú eres soplona, también lo seré yo, y si tú le cuentas algo, también le contaré yo lo que ví ayer noche cuando nos paseábamos todos en derredor del estanque.

URSULA.

¿Pues qué viste?

CELINA.

Ví, y lo ví muy bien, que el señor Luzy, así, al descuido.... y como quien no quiere la cosa.... te dió una carta.

URSULA.

¿A mí?

CELINA.

Si señora, á tí... cuando tropezaste en aquella cáscara de naranja, y el te cogió la mano para que no te cayeras.... ó para darte el papelito, quién sabe.

URSULA.

¡Cállate, por Dios!

CELINA.

Hola... ¿esas tenemos? ¿Conque quiere usted que me riñan...? ¡Pues repito que se lo diré á mi tía y á todos los que quieran oírme!

URSULA.

Me pierdes, Celina, (Suplicando) no hagas tal, por Dios.

CELINA.

¿Tanto te importa?

URSULA.

Mucho, muchísimo... y si te callas, te ofresco una muñeca.

CELINA.

¡Eso es llamarme chiquilla...! Se lo diré á mi tía.

URSULA.

No, no... te compraré dos libras de caramelos.

CELINA.

Anda chúpate los tú... Se lo diré á mi...

URSULA.

En fin, haré lo que tú quieras... con tal que...

CELINA.

Enhorabuena... callaré como una muerta... pero me has de decir tu receta.

URSULA.

¿Cuál?

CELINA.

Esa que te ha puesto como una pascua...

URSULA.

Te la diré.

CELINA.

¿Cuándo?

URSULA.

Mañana.

CELINA.

¿Mañana?

URSULA.

Sí, mañana. (A bien que yo haré de modo que la envíen esta noche á su pensión!)

CELINA.

Corriente... Esperaré á mañana. Y dime, tengo que prepararme para tomar la medicina?

URSULA.

¿Qué medicina...? ¡Ah! sí, la de mi receta.... No, nada tienes que hacer sino tomar al acostarte un buen par de vasos de agua bien fría. Adiós.

ESCENA IV.

CELINA, SOLA.

Adiós ¡Agua fría! Pues entonces será alguna purga.... Puf, y ¡qué amarga será....! Pero la verdad.... No me parece muy creíble que una persona triste se ponga contenta con purgas y vasos de agua.... Yo creo que mi prima me engaña.... Aquí hay gato encerrado... ella anda mucho por esta sala y... y hoy la he visto acercarse dos ó tres veces á este jarrón.... (Se pone pensativa, levanta la tapadera del jarrón y encuentra un billete doblado: se pone muy alegre.) ¡Una carta!, y cerrada en forma de corazón. ¡Ay! y cómo me late el mío.... ¿De quién será....? Sin duda del señor Luzy.... y para mi prima....! ¡Toma, esto es lo que le llaman un billete amoroso.... una.... una.... una declaración....! Eso es, una declaración.... á lo menos así la llaman en las comedias. Estoy por abrir la carta.... Pero alguien viene.... ocultémosla. (Oculta su papelito.)

ESCENA V.

CELINA Y OCTAVIO

CELINA.

Octavio.

OCTAVIO.

Celina.

CELINA.

¿Dónde estabas?

OCTAVIO.

En el corral.

CELINA.

¿Meditando?

OCTAVIO.

No, jugando al trompo.

CELINA.

¡Oh, al trompo! ¡Qué vulgaridad! ¿Y no hablabas con nadie?

OCTAVIO.

Con nadie.... Sólo con Juanita, la hija del jardinero.

CELINA.

Precisamente con la que yo no quiero que hables.

OCTAVIO.

Si yo no la decía nada.... Ella, ella era la que tenía trazas de estarse burlando de mí.

CELINA.

¿Por qué?

OCTAVIO.

Porque me estaba ponderando que le gustaba yo mucho.

CELINA.

¡Ah! ¡qué bribona!

OCTAVIO.

Y que tenía muy buenos ojos....

CELINA.

Lo que es eso, no digo que no.

OCTAVIO.

Por fin, me aseguró que mi cara era ni más ni menos, la que correspondía á un amante favorecido.... Verdad es, que esto último me lo dijo riéndose.

CELINA.

¿Amante favorecido? ¿Y qué cosa es esa?

OCTAVIO.

¡Qué se yo....! ¿Qué no sabes tú lo que es amante?

CELINA.

¡Toma!, lo que es eso sí.... estaba yo fresca si con diez años cumplidos de edad no supiera todavía....

OCTAVIO.

Es que yo tengo trece y sin embargo....

CELINA.

Porque eres hombre, y porque los hombres en general, son muy tontos en semejantes materias.... Así se lo decía por lo menos mi tía á su compadre el canónigo la otra noche.

OCTAVIO.

Pues bueno, ¿qué es un amante?

CELINA.

Mira, hombre, un amante es un enamorado....

OCTAVIO.

¡Ah!

CELINA.

Es un joven que lleva guantes amarillos, que mira de reojo.... que está siempre sonriéndose, cuando tiene los dientes blancos, y que hace mucho ruido cuando se sienta en la luneta del teatro.... La Baronesa tiene uno con todos estos requisitos.... su cuñada tiene otro.... la marquesa.... no, esa tiene dos.... según dice mi prima Ursula.

OCTAVIO.

Entonces, ¿qué es lo que no entiendes de lo que me dijo Juanita?

CELINA.

Aquello de favorecido.

OCTAVIO.

¿Quieres que busque otra vez á Juanita y se lo pregunte?

CELINA.

No, no, muchas gracias; más vale que nosotros dos lo adivinemos solitos. Reflexionemos.

OCTAVIO.

Reflexionemos.

CELINA.

Si hiciéramos lo que mi prima y el oficial hacen anoche en el jardín... Oyes, dame el brazo, y paseémonos.

OCTAVIO.

Con mucho gusto. (Se pasean agarrados del brazo.)

CELINA.

¿Nos mira alguien?

OCTAVIO.

¿Quién nos ha de mirar si estamos solos?

CELINA.

Pues bien, toma. (Dándole misteriosamente un billete.)

OCTAVIO.

¿Qué quieres que haga yo con este papelucho? (Levantando el billete en el aire.)

CELINA.

¡Qué simple eres! ¡No ves que es un billete amoroso! ¡No lo enseñes, y procura ocultarlo, para que no lo vea nadie!

OCTAVIO.

(Haciendo como si lo ocultase.) ¿Así? ¿Y luego?

CELINA.

Leelo muy de prisa, sin olvidar que soy yo quien te lo escribe.

OCTAVIO.

“¡Dueño mío, por quien suspiro! ¡Tú haces “las delicias de mi vida! ¡Cuando estoy lejos de “tí parece que todo me faltá, pues eres mi único bien!”

CELINA.

¡Si no le das sentido...! No parece sino que estás leyendo las pascuas del sereno.

OCTAVIO.

Leeré otra vez. (Con énfasis.) “¡Dueño mío!”

CELINA.

"Por quien suspiro." ¡Ah!

OCTAVIO.

"Tú haces las delicias de mi vida! ¡Cuando es-
toy lejos de tí, parece que todo me falta...!"

CELINA.

"Pues eres mi único bien." ¡Bien, así va
bien....! Y dime, ¿qué efecto te hacen estas pa-
labras?

OCTAVIO.

¡A mí ninguno!

CELINA.

Ni siquiera te dan ganas de estornudar.

OCTAVIO.

No.

CELINA.

Entonces todavía no está la receta de mi prima.

VOCES DENTRO.

¡Celina! ¡Octavio!

ESCENA VI.

DICHOS, Y URSULA.

URSULA.

¡Qué hacéis aquí vosotros! No estáis oyendo
que os están llamando.

OCTAVIO.

¿Nos van á reñir, Ursula?

URSULA.

No sé. Acaba de llegar un correo de París,
y al instante nuestra tía ha despachado un pro-
pio á todos nuestros vecinos para que se reunan
aquí.... No sé si será baile, ó comedia, ó....
peró lo que sí sé, es que me voy á encerrar en mi
cuarto. ¡Cuidado, Celina, con que digas que me
has visto y con lo que hablas!

CELINA.

Tranquilízate.... ya estoy algo más aliviada
con tus lecciones. (Esconde la carta en el ja-
rrón mientras.)

(Ursula vuelve la cabeza, y dice á Octavio:)
Venga usted acá, caballero, ¿teme usted que le
riñan? Vaya, ¡qué vergüenza!: un hombre como
un trinquete!; y yo que soy una triste joven ten-
go más valor que él.... Adiós, primita. (Vanse
los dos.)

ESCENA VII.

URSULA, Y A POCO LUZY.

URSULA.

(Mirándolos salir.) ¿Qué querrá decir esto? Este correo.... ¡Este convite....! ¡Tantos preparativos....! ¡Con tal que no sea yo la víctima.... (Sale Luzy.) ¡Cómo! ¿eres tú?; ¿qué casualidad te trae tan temprano á casa de mi tía?

LUZY.

Me ha convidado, como á toda la nobleza de las inmediaciones, por medio de un billete, para que vengamos cuanto antes á presenciar una ceremonia, que se nos dice, para dejarnos el placer de la sorpresa... tales son sus propias palabras.

URSULA.

Algún casamiento.... ¿no conoces su manía? todos los años ha de casar alguna aldeana, y la ha de dotar en premio de su buena conducta. Luego habrá su baile y.....

LUZY.

¿Asistirás tú?

URSULA.

No, me fastidian estas diversiones patriarcales.

LUZY.

Así lo supuse.... pero me he adelantado un poco, porque quería llegar antes que los convidados y hablar contigo á solas estos cortos instantes. Desde ayer no sabía de tí.

URSULA.

Pues yo te he escrito por nuestro correo ordinario. (Tomo la carta del jarrón.)

LUZY.

Te entiendo: ¿y que dice nuestro correo?

URSULA.

Lo de siempre: que estoy ansiando por que llegue el dulce momento de poder amarnos libremente.

LUZY.

Pero quién nos lo impide....? Por qué no tomamos nuestro partido? Por qué no declaramos nuestro matrimonio? ¿Temes acaso el tener que confesárselo á la tía? Para eso hay mil medios. Podemos escribirla una carta muy respetuosa, en que expresemos los poderosos motivos que nos obligaran á tener secreto nuestro enlace, siendo uno de los principales el escándalo que este acontecimiento iba á producir en la provincia.

URSULA.

Tanta más razón para evitar este escándalo.

LUZY.

Ya he dado mis instrucciones al efecto. Si quieres, esta noche á las doce estará pronta en el parque una silla de posta con un criado que nos conducirá á nuestra casa de París, donde todo está preparado para recibirnos.

URSULA.

¡Esta misma noche!

LUZY.

¿Ya estás asustada? Vamos, Ursula, valor y sobre todo, no te vayas á arrepentir en el momento del peligro. Conque asunto concluido.

ESCENA VII

DICHOS, Y ANSELMO

ANSELMO.

¡Jesús, qué noticia! ¿Quién se lo hubiera imaginado?

URSULA.

¿Pues qué ha sucedido?

ANSELMO.

Yo que lo he visto con mis propios ojos, todavía lo dudo, señorita. A decir verdad, la cosa es sorprendente, fulminante, aniquilante!

URSULA.

¡Nos llena usted de terror! ¿Qué ha sucedido en suma? (Sonriendo.)

ANSELMO.

¡Una carta, señorita!

URSULA.

Y sólo una carta.

todos los años ha de casar alguna aldeana, y la ha de dotar en premio de su buena conducta. Luego habrá su baile y....

LUZY.

¿Asistirás tú?

URSULA.

No; me fastidian estas diversiones patriarcales.

LUZY.

Así lo supuse... pero me he adelantado un poco, porque quería llegar antes que los convidados y hablar contigo á solas estos cortos instantes. Desde ayer no sabía de ti.

URSULA.

Pues yo te he escrito por nuestro correo ordinario. (Toma la carta del jarrón.)

LUZY.

Te entiendo; ¿y qué dice nuestro correo?

URSULA.

Lo de siempre; que estoy ansiando porque lle-
gue el dulce momento de poder amarnos libre-
mente.

LUZY.

¿Pero quién nos lo impide...? ¿Por qué no
tomamos nuestro partido? ¿Por qué no declara-

ANSELMO.

Déjeme, usted, por Dios, cordinar mis ideas.
Una carta de París, que acaban de traer, del
Sr. Barón..... del padre del niño Octavio.

URSULA.

¿Y bien, qué dice esa carta? ¿Ha habido mu-
danza de ministerio?

ANSELMO.

No, gracias á Dios; sino que envía el nombra-
miento de canonesa que el señor Barón solicitó
para usted, señorita, y....

URSULA.

Y yo que le escribía ayer que suspendiese to-
dos los pasos que estaba dando....

LUZY.

¿Y es eso todo, Anselmo?

ANSELMO.

No, señor, si eso no es nada en comparación con
lo que queda.... Ya sabe usted que esta señori-
ta ofreció, tan luego como llegara á ser canone-

sa, renunciar todos sus bienes en favor de su
prima.... la que tiene diez años y la que en el
orden regular, todavía habia de tardar cuatro ó
cinco en casarse.

LUZY.

¿Y bien?

ANSELMO.

Y bien; el señor Barón que sabe, á lo que pa-
rece, dónde le aprieta el zapato, temiendo sin
duda que en cuatro ó cinco años se le escape de
entre las manos la más rica herencia de esta pro-
vincia, ha solicitado y obtenido del Rey el per-
miso necesario para que su hijo Octavio se case
desde ahora con la niña Celina, con la expresa
condición de que inmediatamente han de condu-
cir á el novio á su colegio y á la novia á su pen-
sión, hasta que el primero cumpla dieciocho años
y puince la segunda.

URSULA.

Parece increíble.... pero mi tía....

ANSELMO.

Toma, su tía de usted está llena de alboro-
zo. Y como todos tienen en esta casa fuero
matrimonial, ya los tiene usted todos en la ca-
pilla celebrando la ceremonia: allí los acabo de
dejar. Los novios, á decir verdad, están tan gra-
ves, que es cosa de risa. ¡Estoy desesperado!

URSULA.

¡Desesperado! ¿Pues á usted qué le importa?

ANSELMO.

¡Una bagatela...! ¿No ve usted, señorita, si se pone en moda el casar á los niños antes que los desteten, y entran desde entonces en la administración de sus bienes, no ve usted, repito, que se llevará la trampa todo el sistema mayordomical con los emolumentos? Pero ya llegan los recién casados... Fuerza será que les dé la enhorabuena...mal que me pese. (Salen Octavio y Celina vestidos de boda. Criados y dependientes de la casa.)

ESCENA IX.

LUZY, ANSELMO, URSULA, OCTAVIO, CELINA, CRIADOS Y DEPENDIENTES DE LA CASA.

CRIADOS.

¡Vivan los señoritos!

OCTAVIO.

¡No vuelvo en mí de alegría! ¡Salto, brinco, de contento! (Lo hace.)

CELINA.

Octavio, por Dios, un poco de moderación, no reparás que nuestros criados nos miran? (Adelantándose.)

LUZY.

Baronecita, permítame usted que sea el primero que la ofrezca mis respetos.

CELINA.

Oh, señor Luzy... Lo que ha tardado usted... Ya me encuentra usted casada... como cualquiera otra mujer... Me trae usted el cartucho de dulces que me ofreció usted anoche.

LUZY.

Cumplo mi palabra. (Le da un cartucho de dulces.)

OCTAVIO.

¿Qué es lo que haces? (Tirándola del vestido.)

CELINA.

¿Acaso no puedo ya comer dulces porque me he casado? ¿No faltaba otra cosa! Mira, son almendras de garapiña, tienen canela, pruébalas que son muy buenas... (Octavio toma un puñado.) ¡No, no, que me las comes todas! (Guarda el cartucho.) ¡Qué cosa tan chula es casarse! Mira, Octavio, qué hermosa canastilla me ha regalado mi suegro con mis vestidos de boda. (Los criados traen una canasta grande que colocan en la mesa. No, tan alto, no tan alto... ¿Quiéren ustedes que me suba en una silla para ver los regalos?)

ANSELMO.

La señorita tiene razón. (A los criados que la ponen en el suelo.) Ahí está más á la mano... Señora Baronesa, después de tributar á usted mis homenajes y cordiales plácemes por un enlace tan bien proporcionado... Permítame usted le recomiende á mi hijo Atenógenes, de edad

de nueve años, que ya sabe leer en libro, y que pudiera muy bien con el tiempo substituirme en mis ausencias y enfermedades.

CELINA.

Bueno, bueno; que aprenda á escribir y lo nombraré mi secretario.

LUZY.

Bravísimo, señor Anselmo, no pierde usted nunca la cabeza, á lo que veo... Ya aseguró usted para su hijo una excelente colocación.

ANSELMO.

La bondad de mis amos, su previsión, su magnanimidad....

OCTAVIO.

Ahora, señores, me harán ustedes el gusto de dejarme un rato á solas con mi esposa.... Tenemos que arreglar varios asuntos de familia, y....

CRADOS.

¡Vivan los novios!

CELINA.

Oye, Octavio, antes que se vayan dales para beber. ¿tienes dinero?

OCTAVIO.

(Tentándose los bolsillos.) Ni blanca....

CELINA.

¿Cómo haremos....? ¿Ursula? (Habla bajo con su prima.)

URSULA.

Yo me encargo de eso. Anselmo, véngase usted conmigo, y repartirá usted á los criados algún dinero para que celebren mejor el casamiento de mi prima.

ESCENA X.

LUZY, CELINA Y OCTAVIO.

LUZY.

Si incomodo....

CELINA.

Al contrario; tenemos mil cosas que preguntar á usted, señor de Luzy.

LUZY.

¿Por qué no van ustedes á la sala?

OCTAVIO.

¡Dios nos favorezca....! Así que nos casamos, nos llevaron en procesión á ella, y nos zambulleron en dos grandes sillones de terciopelo encarnado, con galones de oro, en donde nos tuvieron media hora sin dejarnos mover, sin permitirnos refr, en tanto que los convidados, colocados en círculo en rededor de nosotros, nos con-